

Abríganos ¡oh Madre mía! en tu regazo bendito a todas tus criaturas, pues eres así el manto protector que nos cobija, que nos da ese calor vivificante que la madre prodiga al hijo, que hace germinar esa semilla fecundada por tu amor, por esa entrega que únicamente Tú eres capaz de prodigarnos, sí, bendita, gloriosa y celestial figura, imagen vivida del portento que Dios nos entregara, como el recuento universal de todas nuestras necesidades y flaquezas, para que reunidas en tu benevolencia infinita, en tu ternura sin límites, pueda fundirse todo ello en el fuego de la contrición y purificado así, pueda ser llevado a tus plantas divinas, como el más puro gesto de verdadera intención de renovación.

Amén

La escala de plata por donde ángeles, querubines y serafines, son descendiendo para alabar a Jesús, sea entre vosotros el instrumento a través del cual, vuestras oraciones sean llevadas hasta ese Padre, en agradecimiento por la fortuna de que os hiciera objeto, al conceder os el privilegio de sentir entre vosotros como mortales, a su propio Bendito Hijo encarnado y a vuestra celeste Madre María como la Reina de los Cielos, como la madre más pura y capaz de albergar en su seno, a todos los seres vivientes de la creación; porque en Ella subsiste no sólo lo que vosotros consideráis el amor de madre, como le conocéis en vuestro mundo material, sino que a la vez, Ella tiene el poder y la grandiosidad de interceder en el campo de la propia Naturaleza, cuando vosotros os afligís en grande manera por los cambios a veces insólitos que se presentan en Ella; por eso es grandiosa y grandioso es también el amor que es capaz de prodigarnos como hijos de su corazón, como criaturas del Señor que Ella pudo concebir como propios, cuando volcara de ese amor sacrosanto en el Hijo del Creador.

BENÉ

Por delante de vosotros siempre irá la antorcha de la luz, cuando vosotros os acerquéis a Ella con la limpieza necesaria, con el conocimiento que vertido se ha en vuestra conciencia, porque es ciertamente el requerimiento necesario para todos vosotros, el que hayáis la reflexión necesaria y con el recato debido os dispongáis de la mejor manera a alabar a ese Dios, reconociendo vuestros errores y saturándoos así de la gracia que os concede el arrepentimiento verdadero, cuando os despojáis de las tinieblas del pecado para dar paso a esa luz que os ilumina y radica hermosamente de lo que hayáis llevado, de lo que hayáis cumplido en aras de vuestro aprovechamiento, de vuestro aprendizaje terrenal y sobre todas las cosas, despojados ya de esa falsa investidura con que soléis arroparos, cuando no estáis conscientes aun de cuán falsa y traicionera suele ser la propia iniquidad, cuando se os presenta cubierta de ropales que sólo esconden el carcomido tronco de la salud y la ignominia del pecado ¡ah hermanos míos! que Dios os guarde y os preserve en la hora bendita de la rendición de cuentas, de todo lo que no conlleva su piedad misma y que el Espíritu Divino de su inmensa potestad, os libre de todo cuanto se os corresponda, para que en vosotros ispre siempre el aroma de la virtud, que os haga trascender ante las pupilas divinas de un Redentor.

JOSUE